

JEFTÉ.

TRAGEDIA SAGRADA EN CUATRO ACTOS,

ORIGINAL

DE DON JOSÉ MARIA DIAZ. , d. 1888



MADRID.—1845.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
DE D. FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

PERSONAS.	ACTORES.
Jefté.	*Don Cárlos Latorre.*
Debbora.	*Doña Matilde Diez.*
Seila.	*Doña Teodora Lamadrid.*
El Sacerdote.	*Don Pedro Lopez.*
Othoniel.	*Don Elias Noren.*
Pueblo de Masfa.	



La escena pasa en Masfa.

ADVERTENCIA.

Los empresários de los teatros de provincia que quieran poner en escena esta tragedia, se dirigirán á su autor, que vive en la calle del Leon, núm. 24, cuarto principal, sin cuyo permiso, escrito y firmado por él mismo, no podrán hacerlo. El autor rebaja el 25 por ciento á los libreros que tomen un regular número de ejemplares.

ACTO PRIMERO.

Plaza pública en *Masfa*. Al frente y á la derecha un templo sobre un montecillo al que se sube por una escalera de piedra. Montañas á lo lejos, árboles á la derecha y á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

El Sacerdote, Jefté y Debbora. *Habitantes de* Masfa *en grupos y arrodillados.*

Coro.

¡Piedad, Señor, de la acosada tribu
que á orillas del Jordan asilo halló!
¡piadoso escucha el fervoroso ruego
del pueblo de Israel; ¡piedad, Señor!

Primera voz.

Imensa es tu omnipotencia santa;
lo dice el sol, y lo pregona el mar;
tumba que encierra en su profundo seno
de Faraon la muchedumbre audaz.

Coro.

¡Piedad, Señor, de la acosada tribu &c. &c.

Segunda voz.

Un dia fué que apareció en la tierra
en llama ardiente tu saber sin fin;

brillante luz que la olvidada cumbre
santificó del monte Sinaí.

CORO.

¡Piedad, Señor, de la acosada tríbu *etc. etc.*

Sacerdote. Asi, hijos mios; con devoto acento
pedid misericordia: humilde, puro,
el canto cruce la region del viento
y al cielo llegue con la ayuda santa
del aliento de Dios. Pueblo que un dia
en tiempos de dolor burló la furia
de Faraon, y la esperanza puesta
en la eterna piedad, cruzó las olas
del Rojo mar, su ardiente sed templando
en la peña de Oreb, su voz levanta
y del divino Ser la omnipotencia
acata humilde y fervoroso canta.
La fé de la oracion es un misterio,
que siente el alma y que comprende solo
el Dios de Canaán. Llegó ya el dia
feliz para Israel: piadoso el cielo
se presenta por fin. La idolatria
vá á desaparecer, oscura sombra
que ahuyenta la verdad. No haya recelo.
Si atrevido el idólatra se empeña
en conquistar la levantada cumbre
que nos sirve de hogar, si á los impulsos.
de su esfuerzo y valor sobre esa peña,
donde se guarda venerado el libro
de nuestra ley, sus ídolos de bronce
quiere enclavar, de Dios el albedrio
por tierra arrojará desmoronado
de los hijos de Ammon el poderio.

Jefté Yace, es verdad, en torpe servidumbre
la inmensa turba de proscrita gente
que acaudilló Moises, y que adoraba
del monte Sinaí la santa lumbre.
Los hijos de Betlhen, cuantos mantiene
la izquierda márgen del Jordan tranquilo;
los que mas lejos en silencio acatan
á Dios, orillas del corriente Nilo;
los que prudentes en la altura viven
de los montes del Líbano y conservan
la religion de nuestros padres, todos
al yugo del infiel doblan la frente;
solo nosotros con amor guardamos

las tablas de la ley, solo nosotros
al verdadero Dios nos humillamos.

Sacerdote. La voz de Dios á combatir os llama.
Yo la escuché: mis ojos contemplaron
con ciego espanto y con terror profundo
la refulgente luz, que iluminaba
el santo tabernáculo y al verla,
el corazon de asombro palpitaba.
Era la misma luz que en otros dias
apareció á Moises sobre la cumbre
del monte Sinaí. Vengan á tierra
los falsos dioses de metal y cedro
que adoran los idólatras: la guerra
santa, por que es de Dios, y Dios le envia,
pedazos haga las inmundas aras
que ciega levantó la idolatria.

Jefté. Y yo el primero en el combate rudo
mi brazo arrojaré: con alma fuerte
una vez y otra vez en lo revuelto
de sus montañas penetré, y en ellas
una y cien veces desprecié la muerte:
que no el temor en mi ánimo resuelto
tiene cabida, ni me dan espanto
las piedras de sus hondas, ni los riscos
do se guarece la rebelde turba
que se humilla á Baal; pero en mi alma
labra con fuerza el noble sentimiento
de la existencia de mi pueblo, y nunca
á estéril lucha y desigual batalla
le llevaré. ¿Qué importa, Sacerdote,
que el pueblo de Judá del ammonita
el yugo sufra y el violento azote?
¿Por qué cobardes en la lid cayeron
los israelitas, el valiente brazo
de los hijos de Masfa sus cadenas
debe romper? Si débiles un dia,
por miedo acaso á sucumbir con gloria,
se acogieron con torpe idolatría
á falsos dioses, la cerviz levante
la raza de Abraham, y entre torrentes
de sangre propia su victoria cante.

Sacerdote. La cantará, pero el divino acento
ya el camino trazó.

Jefté. Siga la senda
quien mas osado y venturoso espere
tan brillante laurel.

Sacerdote. Su nombre escrito

por el dedo de Dios, no es un misterio.
Jepté. Soy muy pequeño para honor tamaño.
Sacerdote. Dios es muy grande y al humilde ensalza
cuando conviene á su esplendente gloria.
Jefté. Sacerdote, mi edad es un estorbo
para lidiar con fruto.....
Sacerdote. En el combate
el aliento de Dios será tu guia.
Jefté. Imposible!....
Sacerdote. Jefté, tu nombre escrito
con fuego el tabernáculo alumbraba.....
Jefté. Y si á mi pueblo sucumbir le toca,
porque á mi nombre en el augusto templo
falsa interpretacion le dá tu boca,
¿no será un crímen que el rincon postrero
en que se guardan de Moises las leyes
desparezca tambien?
Sacerdote. ¡Dios lo ha mandado!
Jefté. ¡Sacerdote!
Sacerdote. Jefté! ¿Qué son los reyes
para negar la voluntad divina
que se escucha en el templo sacrosanto?
Obedece á su voz omnipotente.

(*Con intencion marcada.*)

Esfuerzo inútil de tu herido pecho
con mentida altivez pinta tu frente.
La voluntad de Dios es el destino.
Por mas que niega á la segur su cuello
la víctima infeliz, por mas que lucha
contra la muerte el hombre, en el camino
la encuentra, y sus inútiles clamores
suben al cielo, sin que pueda el mundo
de su vida alentar los resplandores.
Un sacrificio Dios al hombre pide,

(*Con énfasis y exaltacion.*)

se niega el hombre, se revela, lucha,
y la víctima al fin la tierra mide.
¡Feliz entonces el mortal que alcanza

(*Intencion.*)

con triste llanto en su dolor ardiente,
desvanecida ya toda esperanza,

de la víctima ungir, entre cantares
que á Dios bendicen, la modesta frente!

El pueblo se retira en el mayor silencio. El Sacerdote *entra en el templo. Quedan en la escena* Jefté *y* Debbora. *El primero sumido en el mayor abatimiento.*

ESCENA II.

Jefté. Debbora.

Debbora. ¿Por qué esa agitacion? ¿por qué desprenden
gotas de llanto, mi Jefté, tus ojos?
¿Será porque la voz del sacerdote
tronó indignada y á la lid incita
al pueblo de Israel? ¿Tan fria tiene
la edad tu sangre, que al horrible azote
de esa lucha feroz tiembla y se agita
tu corazon?
Jefté. No, Debbora; el estruendo
de los combates arrulló mi cuna
y siempre sus coronas de laureles
asentó en mi cabeza la fortuna.
Debbora. Jefté, en tus brazos su color primero,
el blando aroma de su flor querida
perdió mi juventud. No bien el mundo
sintió el aliento de mi pobre vida,
tu cuidado y tu amor me regalaban
y en la senda mortal que atravesamos,
consuelo, apoyo y proteccion me daban.
Corrieron libres las incautas horas
de mi niñez, y al saludar mis ojos
la juventud con sus brillantes galas,
blanca paloma al cazador espuesta,
tu mano paternal quebró mis alas
y Seila vió la luz del claro dia,
hija de entrambos que bendijo el cielo,
consuelo tuyo y esperanza mia.
Jefté. ¿Porqué recuerdas la feliz historia
de nuestra dulce union? ¿porqué tus lábios
nombran á Seila, que en el monte ahora
al inocente son de sus cantares,
busca tal vez la flor mas seductora,
para ofrecerla á Dios en sus altares?

¿No sabes tú que mi cariño es tanto,
que al adorar de Dios la omnipotencia,
quito los ojos del altar y busco
de mi Seila querida la presencia?

Debbora. Lo sé; pero mi amor ha penetrado
en el fondo de tu alma. No te enojes,
si amante esposa por velar tu sueño,
tu horrible agitacion he presenciado.
Mas de una vez te ví con pié inseguro,
con torva frente y la color mudada,
doblar de Masfa el levantado muro,
y aqui, á la vista del sagrado templo
que guarda de Moises las santas leyes,
templo de Dios, omnipotente y santo,
desceñirte la cinta de los reyes,
y entre suspiros empaparla en llanto.
Otras veces, Jefté, te sorprendia
Seila en meditacion: tu lábio entonces,
sin duda con amor la bendecia!....
pero tu mano, yo lo ví, temblaba....

Jefté. Por la edad....

Debbora. Por la edad!... y de tu seno

(*Con amargura*).

con violencia cruel la rechazaba!...

Jefté. Debbora!...

Debbora. La verdad, saberla quiero.

Jefté. Es un secreto horrible....

Debbora. No me importa.

Jefté. ¿Tendrás valor?

Debbora. ¿Ya escucho:

Jefté. Soy su padre....

Debbora. ¿De Seila vás á hablar?

Jefté. ¿Ya tienes miedo?....

Debbora. ¡Ay! me estremezco, si, porque soy madre.

Jefté. Escucha. Apenas me apuntaba el bozo....
solo en el mundo, sin hogar, sin lecho
en que dormir, sin esperanzas; mozo,
con mas aliento en mi tranquilo pecho,
que buena estrella en mi azarosa vida,
el blanco fuí de la violenta saña
de los que entonces gobernaban, cuanto
el santo rio en su corriente baña.
Proscrito, errante en mi pais nativo,
busqué en la fuga salvacion, y el polvo
de los desiertos en revuelta nube,

y ese monte del Líbano sombrío,
que atrevido tal vez, sobre su cumbre
sus altos cedros hasta el cielo lleva
del sol sin miedo á la caliente cumbre,
asilo fueron de mi errante vida,
y en ellos se embotó de la venganza
la aguda flecha, y en su largo trecho
una vez palpitó dentro del pecho
abierto el corazon á la esperanza.
¡Ay! cuántas veces á la luz brillante
de ese ardiente fanal, padre del dia,
sublime creacion, atravesaba
lleno de sangre el pié, sobre la arena
que con su rayo abrasador quemaba
ese inmenso arenal!....

Debbora. ¡Y cuántas veces
al referirme tan horrible historia,
llenáronse de lágrimas mis ojos,
de tanta desventura á la memoria!

Jefté. Cansado al fin de padecer, un dia
al frente se ostentó de bandoleros
en los montes de Tob mi brazo fuerte,
y adonde quiera que llevé la turba
de mi gente feroz, sembré la muerte.
Mis ofensas vengué: ni en sus hogares
en mucho tiempo respiró tranquilo
cobarde el israelita.... fué mi nombre
terror del pueblo de Abraham, y al cabo
de cien combates que me dieron gloria,
levanté de este pueblo las murallas
dejando un hecho mas para la historia.
Tumultuoso y ardiente el clamoréo
solemnizó despues mi poderío,
y á impulsos ya del general deseo,
premio sin duda del esfuerzo mio,
sobre esos montes que el valor pregona
de mis contrarios por eterna tumba,
mi cabeza ostentó régia corona.

Debbora. Padre entonces mi boca te llamaba....

Jefté. A poco tiempo de nacer mi Seila....
celebraba mi pueblo aniversarios
de la ley de Moises en ese augusto
templo de nuestro Dios. Antorchas ciento
iluminaban el altar; aromas
ricos de Arabia á la merced del viento
subian en confuso remolino,
ligeras ondas en reedor flotando

de blancas flores y ondulante lino.
Resonaban sublimes los cantares
que en mas remota edad apaciguaron
el ronco estruendo de los turbios mares,
y las manos allí de las doncellas
que de este pueblo en las desiertas rocas,
al sol ostentan en su frente pura
rizadas trenzas, y modestas tocas,
con incansable afán depositaban,
de su ternura religiosa prenda,
en rúbias mieses y en perfume y flores,
ante el ara de Dios, la pobre ofrenda.
Tronó la voz del Sacerdote; el pueblo
su mandato escuchó: quedéme solo;
la llama se apagó de cien antorchas;
de rápida esplosion al ronco estruendo
me estremecí; se trastornó mi mente....
desmayado caí.... ¡dia tremendo!
En el trastorno ví de mis sentidos,
á un pueblo errante en el desierto, humilde
en el vergél de Jericó, y esclavo
por donde quiera. Colosal, gigante,
inmensa sombra apareció á mis ojos;
el sol sobre su frente se ostentaba,
á su aliento la mar se revolvia
y ante el volcan que en su mirada hervia,
la tierra con los astros bamboleaba.
¡Era de Dios la sombra! Al centellante
relámpago fugáz sucede el trueno,
el mar sujeta su revuelta furia,
el sol esconde su radiante lumbre,
se abre la tierra, se estremece el mundo!..
¡Era la voz de Dios!

Debbora. Jefté, prosigue....

Jefté. «Esclavo está Israel. Llegará un dia
«en que su gloria á tu arrogancia deba;
«Juez de ese pueblo, comprará tu sangre
«su libertad y la clemencia mia»
¡Tal fué la voz de Dios! Precepto santo
que nunca olvido, y que me espanta siempre.
Abro los tristes ojos y al reflejo
ví de fascinadora llamarada
la inmensa turba que acaudilla impio
Ammon. Con algazára estrepitosa
rompia el libro de Moises, y leyes
dictaba á un pueblo que abjuraba torpe
la creencia de Dios, rey de los reyes.

Mi corazon latia, mis sentidos
un vértigo feroz alborotaba....
venganza, gritan en el templo; sangre
mi voz responde, y mi puñal entonces
brilla en mis manos á la luz rojiza
de un violento relámpago. Impulsado
por la mano de Dios y un juramento,
que de ese templo estremeció un instante
de los muros el sólido cimiento,
corro en su busca, y á mis golpes rotos
sus dioses de metal y de madera,
en las tiendas de Ammon se alza triunfante
el ara santa á Dios. Cruza la esfera
blanda cancion de popular aplauso;
ciñe la muchedumbre placentera
con el laurel mi encanecida frente;
siembra de flores mi camino, toco

(*En una agitacion espantosa.*)

en el templo de Dios el ara santa,
y sobre ella...

Debbora. ¡Piedad!

Jefté. Ramos de flores
cubrian el altar; la esencia pura
de sus hojas allí se desprendia
y leve y aromática subia
del santo cielo á la estrellada altura.
Con inseguro pié las gradas huello,
con tristes ojos las guirnaldas miro,
sobre mi frente erízase el cabello,
lanza mi corazon hondo suspiro,
con mano torpe y trémula levanto
las del altar amontonadas flores,
y el cadáver allí me sobresalta
de una niña inocente y de mi hija
la sangre pura hasta mis ojos salta.

Debbora. ¡Jefté! ¡Jefté!...

Jefté. ¡La gigantesca sombra
de Dios del templo los espacios llena,
y en lo profundo de mi pecho triste
la voz augusta del Eterno truena!

Jefté y Debbora. Seila, Seila...

(*Precipitándose en los brazos de su hija, que aparece.*)

ESCENA III.

JEFTÉ. DEBBORA. SEILA.

Debbora. ¡Qué peso me has quitado
del corazon con tu presencia!
Seila. El dia
sus limpios resplandores derramaba
cuando el lecho dejé. Cómo otras veces
me encaminé á la altura de aquel monte,...
y desde allí con asombrados ojos
contemplaba el magnífico horizonte
del sol bañado en los colores rojos,
y el Líbano sombrío y las arenas
del desierto en oscuro remolino
y á lo lejos el mar!.... La omnipotente
mano de Dios reconocí en sus obras,
y de santo temor el pecho herido
cerré los ojos y bajé la frente.
De pronto ¡oh padre! ante mis ojos se alza
en oscuro turbion de los desiertos
el polvo abrasador; nubes de flechas
cruzan el aire; mugidor me aturde
el lúgubre zumbido de las hondas,
y á la par que su triste clamoréo
me hiere, de Israel la fugitiva
medrosa turba amenazada veo.
Era el pueblo de Dios que perseguido
por la idólatra hueste asilo busca
al pié de esta ciudad. Sus blancas tiendas
clava humillado y su silencio triste
anuncia su pesar. De nobles canas
y continente grave un pobre anciano
se acerca á mí; con ademan humilde
en llanto abrasador baña mi mano,
y serenando el agitado aliento
«Angel modesto de inocencia y gracia,
«mira, me dice, con sombrío acento,
«al pueblo de Abraham. Dentro de un hora
«de nueva esclavitud sufrirá el yugo,
«si el brazo de Jefté no desconcierta
«el poder colosal de su verdugo.»

El anciano calló; por su megilla
una caliente lágrima desciende,
y ante la llama que en su frente brilla
mi corazon se aterra. Soberano
poder me arrastra; á su vejez cansada
el apoyo le presto de mi mano,
y á tu presencia viene....

Jefté. ¡Seila!

Seila. Padre...
óyele, por piedad, que es un anciano...

ESCENA IV.

JEFTÉ. DEBBORA. SEILA. EL SACERDOTE Y OTHONIEL. (*Este por la izquierda, seguido de todo el pueblo de* Masfa. EL SACERDOTE *á la puerta del templo. A una señal de* JEFTÉ *todas las mugeres se retiran, y entran en el templo. Se oye poco despues el canto religioso, pero sin que oscurezca la marcha natural del diálogo. Algunos* israelitas *en las alturas de los montes que se divisan á lo lejos, en el fondo.*)

Othoniel. Bien, hijos mios, bien; santo respeto
os debe mi vejez, ¡que en su justicia
os lo premie el Señor! Jefté, mi boca
va á recordarte los primeros años
de tu vida en el mundo. El pobre albergue
del padre mio te sirvió de cuna....

Jefté. ¡Othoniel!

Othoniel. Othoniel, que de la vida
el peso arrastra, como tú, encorbado
por la edad: Othoniel que ni un momento
dejó de amarte aunque lloraba solo
tus estravíos: Othoniel que nunca
renegó de su Dios, ni el sentimiento
mintió de su conciencia, en nombre viene
del pueblo de Israel de nuevo errante
á demandarte proteccion. No traigas
á tu memoria, con orgullo fiero,
porque te miras hoy tan poderoso,
el trato infame que debió á tu patria
tu mísera horfandad; no me recuerdes
que por la culpa de Israel un dia
viviste en el desierto y del bandido

la cuchilla empuñó tu bizarría...
Pasan los tiempos y á los dias siguen
otras horas, Jefté, de mas bonanza,
como á la luz del sol cuando se esconde
otra luz y al dolor una esperanza.
En tí la pone de Abraham el pueblo;
arrepentido levantó su brazo
y quiere combatir, pero la suerte
contraria á su propósito sublime
tal vez la guarda esclavitud y muerte.

Jefté. ¿Qué viene al fin á suplicar humilde
ese pueblo, Othoniel, que me insultaba?...

Sacerdote. Polvo es el hombre, y el mayor imperio
de Dios omnipotente á la mirada
se trueca en solitario cementerio.
Jefté, de Dios el grito poderoso
en mis oidos con espanto zumba.
Dios eligió; su voluntad divina
al pueblo reveló su Sacerdote...

(Jefté demuestra en sus miradas, en sus movimientos, en el juego de su fisonomía, en todo, la agitacion de su espíritu.)

¡Ay del hombre tenaz que desafie
de su justicia el espantoso azote!
Jefté, la voz de Dios á los combates

(Con exaltacion.)

tu brazo empuja y á tu pueblo llama.
No hay resistir y si obstinado quieres
de tu alma grande sofocar el grito,
si el sentimiento de tu amor prefieres
de tu creencia al venerado rito...
mi voz aquí resonará tremenda
y tu pueblo sabrá...

Jefté. Silencio.—Caiga
de mis ojos al fin la opaca venda.
Horrible porvenir, tranquilo veo
la oscuridad de tu sangrienta sombra.
Pueblo de Masfa, á combatir; las llamas
incendien los idólatras altares...

(Se arrodilla el pueblo.)

la tierra prometida fecundicen
de sangre del infiel hirvientes mares.

Dios de justicia, si tu apoyo santo
prestas al pueblo de Israel y enjugas
dándole libertad, su triste llanto,

En este momento entra el SACERDOTE *en el templo y se oye el canto religioso. Apenas se dirige* JEFTÉ *al foro izquierdo seguido de su pueblo, aparece en la puerta del templo su hija* SEILA *que saluda llorando á su padre.*

«Yo te juro, Señor, en tus altares
«sacrificar al que primero vea
«de mi familia, si en la lid corona
«la victoria mi empresa! te lo juro,
«por el poder inmenso que te abona.»

Othoniel. Al combate.....
Jefté. Othoniel.

(*Detiénese al ver á Seila; agitacion y espanto.*)

Othoniel. ¡Qué sobresalto!
Jefté. Mira, es mi hija; en holocausto puro
tal vez su sangre correrá. .
Othoniel. ¡Imposible...
Jefté. Soy esclavo, Othoniel, de lo que juro.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

SEILA, DEBBORA, EL SACERDOTE *que observa desde el templo lo que pasa en el campo. Es de noche; las hogueras de los montes alumbran la escena.*

Seila. ¡Te lo ruego, por Dios! cesen tus ojos,
ó madre, de llorar. ¿Porqué la suerte
siempre feliz para mi padre, hoy dia
se ha de trocar? ¿Olvida tu memoria
que nunca Dios abandonó á su pueblo,
que es la gloria de Dios su mayor gloria?
Debbora. ¡Seila! Seila!...
Seila. No mas: si al cielo plugo
dar la victoria á la enemiga turba
y á Canaán de esclavitud el yugo,
no ha de faltar al religioso celo
que arde en el corazon una caverna,
en que adorando la bondad del cielo,
entonemos allí sencilla y tierna
la mística oracion. En todas partes
la existencia de Dios tiende sus alas;
do quier presenta al asombrado mundo
de su poder las inmortales galas.
Debbora. Seila, no temo que en el rudo choque,
las tribus de Israel vencidas queden;
nada me importa, si á mayor fortuna
sus libertades y su culto ceden.
Segura de la fé que me alimenta,
el inmenso arenal recorrería

de los desiertos, y en lejanos montes
la ley escrita de Moises sería
mi única y santa ley. No me amedrenta
ese atroz porvenir ¿qué me importaba
teñir entonces el peñasco rudo
con sangre de mis pies, cuando buscase
del monte en la espesura las raices
que tu alimento fueran? Esa herida
aliento, ó Seila, á tu existencia daba,
y es vida tu existencia de mi vida,
Pero ¡ay! quién sabe si en la lid corona
la empresa de Jefté laurel funesto,
¡quién sabe si á llorar eternamente
condenada seré! ¿No has visto, Seila,
que muchas veces en el mundo llora
el vencedor y que obligado vive,
aunque en silencio su pesar devora,
á sonreir ante los hombres? Nunca.
Si es así la victoria que me espera,
si esa victoria el corazon me hiere,
¡que estalle pronto del Señor la ira!
Las tríbus de Israel despedazadas
ardan al fuego de inflamada pira
y en oscuro y lejano continente,
ó Seila, de mis brazos en el nudo,
el beso maternal selle tu frente.

Seila. Madre, silencio; tu razon sin duda.....
ven á mis brazos y mi amor serene
tu agitacion. Si á los impulsos creo
de mi inocente corazon, memoria
al mundo quedará de esa jornada
que vuelve á un pueblo libertad y gloria.
Y no la sangre anublará vertida
de Jefté los momentos de ventura
que al pueblo esperan: con honor, con vida,
lo veremos llegar entre cantares,
y bendito de Dios por sus virtudes,
el ara descubrir de los altares.

Debbora. ¿Quién te ha dicho, hija mia, que sus manos
descubrirán el ara? Al sacerdote
toca tamaño honor y te mintieron,
si algunos por reir de tu inocencia,
profanacion tan grande te dijeron.

Seila. Bien, madre mia; descansad un poco;
sentémonos aquí....

Debbora. ¿No escuchas, Seila?...
¿No escuchas á lo lejos?

Seila. Nada....
Debbora. Un sordo
acento se oye.... las confusas hojas
se mueven de los arboles.... el denso
manto que estiende en derredor la noche,...
la fatídica luz de las hogueras,...
este silencio sepulcral,... la sombra
que se dibuja allí,... sobre aquel monte!...
tengo miedo por tí!... ven, hija mia,
escóndete en mis brazos y que en ellos
te encuentre el sol del venidero dia.
Othoniel. (*Dentro; muy lejos.*) Victoria,...
Debbora. ¿No escuchaste?
Othoniel. (*Dentro; mas cerca.*) Sacerdote
de Masfa....
Seila. Sí.
El Sacerdote. ¿Othoniel?

(*Baja precipitado y se dirige al encuentro de Othoniel.*)

Othoniel. (*Dentro mas cerca.*) Jefté....victoria!
Debbora. Hija mia.... (*Abrazando á Seila.*)
Seila. (*Con entusiasmo.*) ¡Buen Dios... venció mi padre...
Debbora. ! Ay!
Seila. (*Con entusiasmo.*) ¿Lloras? ¿Y por qué? Tríunfante viene.
Debbora. ¡Nunca se engaña el corazon de madre!

ESCENA II.

DEBBORA, SEILA, OTHONIEL, *el* SACERDOTE, *israelitas que acompañan á* OTHONIEL.

Sacerdote. ¡Othoniel! ¡Othoniel!
Othoniel. Venció: ya libre
respira el pueblo de Israel! ¡Albricias!
No tan altivo se mostrára un tiempo
el anciano Caleb ante los muros
de Bezec y Davir; no tan sereno
el noble Gedeon, cuando las aras
derribó de Baal, entre las sombras
de noche oscura y silenciosa envuelto
como el insigne campeon de Masfa
al frente puesto de las tríbus. Grave,

con sereno ademan, con planta firme,
sus filas recorrió. La antigua llama
de su valor ilustre se desprende
de sus miradas y en el pueblo todo
el entusiasmo que le anima enciende.
«Pueblo de Dios, esclama: llegó el dia
«de combatir y de vencer;...» y sordo
murmullo cunde, y á su voz responde
violenta aclamacion que resonando
por el inmenso espacio, á la pelea
la gente llama del opuesto bando.
Muchas veces el mar tranquilo bulle,
y de sus ondas la rizada espuma
se deshace gentíl al soplo blando
de una brisa ligera, mas de pronto
del huracan el vigoroso empuje
hincha la mar y el piélago insondable
alborotado con espanto ruge.
Así las tríbus de Israel al grito
del noble anciano; asolador torrente
que el dique despedaza y se desborda
y campo y monte en su corriente innunda,
los hijos de Israel se precipitan,
porque en el cielo su esperanza fundan,
á las huestes de Ammon, y en un momento
la sangre tiñe y el incendio quema
las tiendas de su vasto campamento.
Do quier se via la cabeza blanca
del anciano Jefté, brillante estrella
que ciega la contraria muchedumbre;
do quier su brazo aterrador descuella,
noble estandarte que á su gente guia
y que en las huestes el terror difunde
que orgullosa juntó la idolatria.
Triunfa, Jefté, por fin: huyen cobardes
los gentiles; en pos el noble anciano
marcha tambien y á mi amistad confia
la nueva para tí, gran Sacerdote.
Himnos de eterna gratitud al cielo
que nos protege nuestra voz levante;
himnos de gloria que el espacio atruenen,
al vencedor el entusiasmo cante.

Sacerdote. Demos gracias á Dios que con su aliento
destrozó la contraria muchedumbre.
Mañana, cuando el sol desde el oriente
brille y la tierra que fecunda alumbre,
las doncellas de Masfa en los altares

que levante al Señor nuestro respeto,
entonarán dulcísimos cantares

Seila. Si, Sacerdote; mas tambien unidas
las doncellas de Masfa, al pobre anciano,
al que venció en la lid, al padre mio,
coronas dén con su inocente mano.

El SACERDOTE *se retira al templo: las doncellas y los ancianos de* MASFA *en distintas direcciones.* OTHONIEL *apoyado en* SEILA *y* DEBBORA *se vá por la derecha.*

ESCENA III.

JEFTE, *meditabundo y caminando como con temor y sobresalto: no se atreve á levantar los ojos del suelo.*

¡Noche oscura en verdad! Su sombra aterra...
y á juzgar por la luz ya moribunda
de ese astro que se esconde, el nuevo dia
vendrá muy pronto á iluminar la tierra.
Con espanto la senda que me guia
al doméstico hogar huella mi planta:
fijos en tierra los enjutos ojos,
de fuego y sangre que mis manos tiñe
se elevan hasta mí vapores rojos.

(Momentos de silencio.)

Es el grito de triunfo en el combate....
aclamaciones mil que resonaron
ha poco en mis oidos, y que tristes
en lo interior del alma retumbaron
con infernal estrépito. Ese templo...
esta plaza... aqui fué. «Si me concede
la victoria el Señor, de mi familia
al que primero se presente...» Siento
que se turba mi espíritu. Ese mismo,
ese fué mi terrible juramento.

(Momentos de silencio: resueltamente.)

Está bien heho:cno me esperan: solo
penetraré en mi casa. Ya segura
de mi triunfo inmortal, sobre su lecho

Seila reclinará la frente pura.
¡Hija mia!... Imposible... En esta hora

(*Con resolucion.*)

duerme, si, duerme. ¿Y Debbora? ¡Dios mio!
Es mi esposa... ¡infeliz! si la primera...
Tengo miedo... ¿Quién? nadie... tengo frio.
No hay mas; será un esclavo;... Llego, toco

(*Empieza á amanecer.*) (*Sonriéndose.*)

de mi casa al umbral... será un esclavo...
de noche, no me esperan.. ¡Yo estoy loco!
Siempre Seila... esta horrible incertidumbre...
me rasga el corazon... aprisa, vamos...
que asoma el dia por la opuesta cumbre.

ESCENA IV.

JEFTÉ, SEILA, *que viene por la izquierda. Al reconocer á su padre se arroja en sus brazos.*

Seila. ¡Padre mio!
Jefté. (*Horrorizado.*) ¡Infeliz! (*Rechazándola.*)
Seila. ¿Por qué tu mano
me rechaza, señor?
Jefté (*Abrazándola.*) ¡Hija del alma!
Seila. Padre mio, no llores: ya sabemos
que en la sangrienta lid brillante palma
tu frente coronó. Ni es un arcano
que tú del cielo el elegido fuiste
para tamaño honor. Vírgenes ciento
de la ciudad de Masfa, cuando el dia
derramando su luz las copas dore
de los robustos cedros, su alegría
en cánticos de honor darán al viento.
Feliz yo, que guiada por la mano
del supremo hacedor, fuí la primera
en estrechar á mi agitado pecho
la diestra insigne que triunfó guerrera.
Jefté. Seila, piedad. Si tu cariño es tanto,

si niña dócil enjugar pretendes
de hoy para siempre mi copioso llanto,
huye, Seila, de mí; que nadie sepa,
ni tu madre, ni yo, que tiernos lazos
te ligaron aqui; que tu cabeza
estrecho virginal entre mis brazos.

Seila. ¿Yo de mi padre huir, que me envanezco
de ser su sangre y de decirlo al mundo?
No, padre, no: mi corazon respira
de gozo y vanidad. Cien y cien veces
me dijiste, señor, que la mentira
es un pecado!!...

Jefté. Y por desgracia, Seila,
prediqué la verdad.

Seila ¡Padre!

Jefté No entonces
en mi mente bullia el pensamiento
que hoy me desgarra: el corazon tranquilo
palpitaba en el fondo; pero ahora,...
ancha es la herida que se abrió en mi pecho,
sangre es el llanto que mi pena llora.
Huye, Seila, de mí ¿No ves mi frente?
La maldicion de Dios grabada en ella.
Toca mi mano, y la afilada punta
te herirá de un puñal. Noche sombría
envuelve mi existencia y á mis ojos
es mentira esa luz que anuncia el dia.

Seila. Delirio horrible, agitacion violenta
fascina tu razon ¿De cuando el cielo
mira con ódio el paternal abrazo,
niega á una hija el bien hechor consuelo
del seno de su padre? Delirante
la gloria te volvió, mas mi ternura,
los cánticos de júbilo que pronto
llegarán de los cielos á la altura,
serenarán, ó padre, tus sentidos.
Doncellas de Israel, las que á la orilla
del sagrado Jordan la omnipotencia
saludásteis de Dios; las que entre flores
de brillante matiz y pura esencia
de Jericó las faldas de colores
tranquilas recorreis, y con profundo
respeto aclamaciones generosas
al Ser supremo dais; las que entre montes,
esclavas de la fé que os enseñaron,
contenplais los lejanos horizontes,
de los cedros grabando en la corteza

las leyes de Moisés, que monumentos
serán de gloria y de respeto al mundo,
venid, venid al santo llamamiento

(Van apareciendo las doncellas de Masfa, con ramos de flores, perfumes y palmas.)

de Seila. Ya descuella entre nosotros
del vencedor ilustre la cabeza;
ya entre nosotros con placer se escucha
su poderosa voz, y su grandeza
brilla esplendente aquí. Cesó la lucha:
venid, venid y en cántico sonoro
celebrad sus hazañas, y perfumes
ricos quemad en pebeteros de oro...

ESCENA V.

JEFTÉ. DEBBORA. *El* SACERDOTE. SEILA. OTHONIEL. *Doncellas de Israel, ancianos, pueblo armado que entra por el foro, izquierda; pueblo á lo lejos en los montes.* JEFTÉ *ocupa el centro de la escena. Al entrar* DEBBORA *se precipita en los brazos de* JEFTÉ. *Este mira con indiferencia á* DEBBORA *y vuelve á quedar sumergido en el mayor abatimiento.* SEILA *habla alegremente á todas las doncellas de Israel.* OTHONIEL *contempla á* JEFTÉ *con asombro: El* SACERDOTE *con dignidad.* DEBBORA *se apoya sobre el hombro de* JEFTE *en actitud dolorosa. Este cuadro dura todo el tiempo que se emplea en cantar el coro.*

CORO.

1.ª

Gloria á Dios que en la batalla
tu diestra, anciano, guió:
su bondad es infinita
Jefté,... Jefté,... ¡gloria á Dios!

2.ª

Israel debe á tu esfuerzo
su libertad y su honor:
tú debes á Dios, anciano,
la victoria, ¡gloria á Dios!

Othoniel ¡Gloria tambien al generoso anciano!
Jefté, mi voz trasladará á tu oido
el voto de Israel. Desde hoy tu mano
de Juez el cetro empuñará. Las tríbus
de Benjamín y de Isachar, primero
que Judá y Manasés, hoy por mi boca
te proclaman aquí.

Seila. (*Entregando á su padre las coronas y ramos que le han dado las doncellas.*) Recibe, ó padre,
de una mano inocente las coronas
y los ramos de flores que tu mano
antes del sacrificio sobre el ara
debe poner.

Jefté. (*En voz baja á Debbora y tomando distraido las coronas y los ramos.*) ¿Te acuerdas?

Debbora. No recuerdo....

Jefté. (*Aparte á Debbora con espanto.*)
«Con mano torpe y trémula levanto
«las del altar amontonadas flores...
«y el cadáver allí me sobresalta
«de una niña inocente y de mi hija
«la sangre pura hasta mis ojos salta»

Debbora. Jefté, Jefté...

Jefté. «La gigantesca sombra
«de Dios del templo los espacios llena,
«y en lo profundo de mi pecho triste
«la voz augusta del Eterno truena.»

Sacerdote. Pueblo de Masfa, al templo.

Jefté. ¡Sacerdote!

Sacerdote. ¡La voluntad de Dios será cumplida!

Jefté. (*Con embarazo, aparte.*)
¿Su voluntad? ¿cuál es? (*Al Sacerdote.*)

Sacerdote. ¿Y el juramento?

Jefté. La voluntad de Dios cuesta una vida.

CORO.

Gloria á Dios etc. etc.

Al decir el SACERDOTE «*al templo,*» *las doncellas de Israel, á cuya cabeza marchan* DEBBORA *y* SEILA *se dirigen al templo. Las siguen los ancianos y el pueblo. Al pronunciar* JEFTÉ «*la voluntad de Dios cuesta una vida*» *vuelve el coro á entonar el himno, antes de la segunda estrofa cáe el telon.*

ACTO TERCERO.

Habitacion de JEFTÉ: árboles en el foro.

ESCENA PRIMERA.

OTHONIEL, JEFTÉ *sentado y en un profundo abatimiento.*

Othoniel. ¡Llora, que es un crisol la desventura
en que se prueba el corazon del hombre!
¡La voluntad de Dios cumplida sea!
Jefté. ¡Ay! se conoce que tus lábios nunca
con el beso filial se alimentaron,
ni que sobre los ojos de una hija
los tuyos, OTHONIEL, de amor lloraron!
Othoniel. La voluntad de Dios es ley suprema;
quien contra ella se revele y luche
¡que la esplosion de su justicia tema!
Jefté. Othoniel, gran valor se necesita
para tocar sin inquietud las flores
que adornan el altar, y esfuerzo grande
para decir que me demanda el cielo
la sangre de mi hija.... alza la frente,
no me la ocultes, Othoniel... la sangre
de mi hija.... ¿Lo oiste?
Othoniel. ¿Y bien? ¿acaso
puedes tú detener la levantada
mano de Dios? ¿Es tal tu poderío?
Jefté. Tú me trazastes el camino....
Othoniel. «Anciano,
«la voluntad de Dios es ley suprema.»
Jefté. «Quien contra ella se revele y luche;

«que la esplosion de su justicia tema.»

Othoniel. ¡Jefté!

Jefté. Quiero luchar. Si hay un camino
para salvarla, allí; sobre mi frente
caigan las iras del poder divino.
¿Puede un rayo de Dios?... Es mi deseo....
¿Qué me importa morir, si con mi muerte
asegurada su existencia veo?

Othoniel. Ninguno mas que yo, tu afan deplora,
y por lo mismo la verdad desnuda
de mi boca saldrá. Si Dios ha escrito
que de tu hija el sacrificio prenda
será de tu victoria, sobre el ara
derramarán su sangre.

Jefté. Calla, anciano:
si es fuerza derramarla, en este mundo
nadie el derecho usurpará á mi mano.

Othoniel. ¡Oye! ¡amigo infeliz! ¿Presentimiento
no tuviste, Jefté, cuando tu boca
pronunció aquel horrible juramento?

Jefté. ¡Othoniel! ¡Othoniel! Ha muchos años
que idea tan atroz me perseguia,
y ayer... fuerza es hablar. Cuando escuchaba
con ceño adusto y con reserva fria
tu pretension, mi corazon, mal grado
mi voluntad, con ímpetu latia.
El Sacerdote habló; del Sacerdote
la palabra elocuente, sus miradas,
la libertad de un pueblo esclavizado,...
todo en un punto trastornó mi mente
y rebosando de altivez, brillaba
de doce tríbus á la faz, mi frente
¡Entonces fué!... vencí... Como un bandido
abandono despues mis compañeros.
Ni en el campo una luz, ni de una estrella
me alumbraron los tibios reverberos.
Busqué entre sombras la difícil ruta
que á Masfa guia; caminé. El silencio
me aterraba, ¡Othoniel! El ruido sordo
del viento que los árboles mecia,
remedaba su voz y tropezaba
en un tronco y allí me parecia
sentir un corazon que palpitaba.
Llego á Masfa. ¿Creerás que ni un esclavo
de cien que tengo?... Seila solamente
vino á entregar al vencedor su vida....

Othoniel. Obedece.

Jefté. ¿Por qué, si es inocente?
Othoniel. Imposible es luchar. ¿Has olvidado
que al antojo de Dios los mares rugen,
zumban los vientos y los ejes todos
del universo en que moramos crugen?
¿Has olvidado que su aliento enciende
la inspiracion del hombre en la cabeza,
baja y servil si se destina al crímen,
magnífica y audaz si á la grandeza
de un hecho memorable? ¿Que valdria
tu ciega obstinacion?
Jefté. Todos ignoran
que fué de mi familia, la primera
que á mi encuentro salió. Si el Sacerdote
en la víctima pide el cumplimiento
de mi promesa, mentiré. Perjuro
seré, no parricida. ¡Y el azote
caiga de Dios y moriré contento!

(*Aparece el* SACERDOTE *por el foro.*)

Othoniel. Jefté, mira...
Jefté. ¿Quién es?

ESCENA II.

OTHONIEL, JEFTÉ, *el* SACERDOTE. *A una señal de este se retira Othoniel.*

Sacerdote. El Sacerdote
del templo del Señor.
Jefté. Aunque los años
y mi alta dignidad me dan derecho

(*Se levanta.*)

de recibirte asi..como es sabido
que de Dios en la tierra desempeñas
sagrado magisterio, me levanto
y de juez el asiento te abandono,
que ante los rayos del saber divino
calla mi dignidad, se hunde mi trono,
¿Qué quieres, Sacerdote?
Sacerdote. El cumplimiento

de una promesa.

Jefté. ¿Cuál?

Sacerdote. ¿De tu memoria
arrancaste sin duda el juramento
que antes de combatir lanzó tu boca?

Jefté. No recuerdo... la edad tan achacoso
me tiene... ¿un juramento?

Sacerdote. La victoria
Dios á tu pueblo concedió.

Jefté. ¡Bendita
su clemencia que al fin respira libre
el pueblo de Israel!

Sacerdote. Enjuta el ara,
mudo el santuario, el Sacerdote ocioso.....
la clemencia de Dios trocarse puede
en funesta venganza. ¿Dónde, dónde,
Juez de Israel, la víctima se oculta?
¿En cuál abismo tu piedad la esconde....

Jefté. ¿La víctima?... Es verdad. Con indiscreta
fé prometí.... Las sombras de la noche
al penetrar en Masfa me envolvieron,
y uno encontré de mis esclavos.

Sacerdote. ¿Cuándo
la lengua de Jefté fué tan osada,
que á Dios en hora tan augusta miente?

Jefté. ¡Sacerdote!

Sacerdote. ¿Por qué de mi tranquilo
semblante apartas la mirada altiva?
No acaricies el hierro que en tu mano
puso ya el cielo la apacible oliva.
Revuelve en el rincon de tu memoria
y alli conocerás para tu egemplo
del pueblo de Israel la horrible historia.
¡A Coré y á Datan tragó la tierra!....

(*Con énfasis*).

Jefté. ¡Ay qué felicidad!

Sacerdote. Sobre la cumbre
llevó del Moria su precepto santo
al anciano Abraham, que bajo el velo
de la obediencia sepultó su llanto.
Santa resignacion la frente inclina
del niño Isaac y al descargar el golpe,
se ostenta grande la piedad divina.
Y miran un cordero entre las rocas,
y del padre y del hijo entrelazados,
á Dios bendicen las amantes bocas.

Jefté. Asegúrame tú que cuando el hacha
vaya á caer con vigoroso empuje
sobre mi pobre hija, la clemencia
de Dios hará brincar á nuestros ojos
un cordero tambien y soberano
Juez de Israel, la llevaré yo mismo
y la cuchilla atroz pondré en tu mano.
Mas de otro modo, nunca.
Sacerdote. La insensata
pasion de padre que tus ojos ciega,
al pueblo de Israel subyuga y mata.
Jefté. Ya de los triunfos enseñé el camino
Al pueblo de Abraham,.. combata solo
y las ruedas sujete del destino.
Sacerdote. ¡Blasfemo!
Jefté. Sacerdote... si... su vida...
Sacerdote. Juez perjuro á tu Dios, la resistencia
es inutil; la voz del Sacerdote
señalará la víctima y en vano
los gritos ahogarás de tu conciencia.
¿Quieres ser mas que Dios? ¿Pretendes loco
sus iras provocar sobre tu pueblo?
Jefté. Quiero salvarla.
Sacerdote. A cumplimiento obliga
tu promesa ¡infeliz!...
Jefté. ¿Un parricidio?...
No acepta Dios tan espantosa ofrenda.
Sacerdote. ¡Cumple el que jura!
Jefte. De la sangre humana
el caliente vapor no es el aroma
que en sus altares de oracion y llanto
Dios infinito con agrado toma.
La clemencia...
Sacerdote. Despues de su justicia.
Jefté. ¿Qué amaga su justicia con espanto
á mi cabeza audaz? yo la provoco...
¿Qué su venganza sobre mi desploma?
Si yo la salvo, Sacerdote, es poco.
Sacerdote. Gusano vil que la existencia arrastras
al borde ya de sepulcro frio,
¿qué vale, qué valdrá, caduco anciano,
frente al de Dios tu flaco poderío?
Oye la voz del Sacerdote. Doma
por la fria razon tu sentimiento,
y alumbren con su luz tu entendimiento
los incendiados muros de Sodoma.
Fuego llovió que la ciudad maldita

trocó en cenizas, y al precepto augusto
de Dios faltando la infeliz esposa
del venerable Loth, fue trasformada
en estátua de sal. Immensa torre
los hombres por temor de su justicia
hasta los cielos levantar quisieron
y envuelta la orgullosa muchedumbre
en confusa Babel, no se entendieron.
¡Ay de tí, pobre juez de doce tríbus,
si del poder de Dios la ardiente lumbre
esta atmósfera inflama en que respira
tu corazon cobarde! ¡Ay de tu pueblo
si enciende en él su vengadora pira!

Jefté. ¡Silencio por piedad! dejáme sólo....

(*El* Sacerdote *se retira á un lado y sigue con la vista todos los movimientos de Jefté. A los primeros versos que este dice, aparece* Othoniel *por el lado opuesto al del Sacerdote, y hace lo mismo.* Jefté *pasea por medio de la escena, y sus mas insignificantes acciones deben hacer notar la inquietud y agitacion de su espíritu.*)

¡Ay! ¡Quien pudiera del Señor la ira
con calma soportar! ¡Ay! ¡quien pudiera
hundir en un abismo tenebroso
la tierra, el mar y la celeste esfera
y sonreir despues!... Aquel momento,
momento fué de maldicion. ¿Quien hizo
en mi mente brotar el pensamiento
de sacrificio tal? ¡Grande es la idea,
terrible, colosal! Un juramento
cumplirse debe! ¿Y yo? ¿Cumpliré el mio?
¡Juicios de Dios! ¡De Dios! «¡Su aliento enciende
«la inspiracion del hombre en la cabeza;
«baja y servil, si se destina al crímen,
«magnífica y audaz, si á la grandeza
«de un hecho memorable...» Y en el mundo
¿qué hay de mas grande que arrancar la vida
á Seila, que es mi Dios sobre la tierra,
por que es mi hija?... Nunca. El Sacerdote
con su funesta prediccion me aterra.
«Porque al precepto de su Dios faltaron,
«á Abiron y á Coré tragó la tierra.»
¿Tengo miedo á morir siendo perjuro!....
¡Ella es! ¡Ella es! Con perezosa
planta camina á su mortal destino,
mas pura que el ambiente y mas hermosa
que la primera luz que al mundo vino.

¡Seila! ¡Seila!...Allí está!.... Su mano toca
las flores sobre el ara amontonadas
y fijas en el cielo sus miradas
toda oracion para su Dios es poca.

(*Van acercándose poco á poco el* Sacerdote *y* Othoniel, *cada uno por distinto lado; de modo que cuando* Jefté *grite* «venganza,» *se encuentre con la mirada del* Sacerdote *y pueda caer en los brazos de* Othoniel.)

¡Seila! ¡Seila! detente, Sacerdote....
detente que es de un ángel la cabeza
que vá á caer sobre el altar. El voto
es sacrílego... sí;... yo te lo juro....
Un poco de piedad ó desafio
la cólera de Dios. No, no; ya tiñe
su sangre el ara de tu Dios y el mio.
¡Venganza! ¡Compasion!

Sacerdote. ¿Y el juramento?
Othoniel. Déjale respirar....
Sacerdote. ¡El cielo espera,
Jefté!
Jefté. Convoca de Israel las tríbus.
Sacerdote. Inútil es, si libertarla quieres....
Jefté. Las doce tríbus de Israel convoca.
Me eligieron su juez; cuando mi acento
preceptos dicte, sellarás la boca.

ESCENA III.

Debbora, Jefté.

(*Se adelanta á recibirla en sus brazos.*)

Debbora. No en tus brazos, Jefté, me recibiste
cuando ya vuelto de la infausta lucha,
con entusiasta aclamacion el pueblo,
que aun por do quiera sin cejar se escucha
tu gloria festejaba...
Jefté. De violenta
pena en mi corazon el dardo agudo....
Debbora. ¿Tú, pena? ¿tú, afliccion? ¡Y por tu brazo
respira mi pueblo!...
Jefté. ¡Con mi sangre compro

su libertad!.... (*Con intencion.*)

Debbora. (*Con intéres.*) Jefté.... en la lid sangrienta...
¿te hirieron por ventura?

Jefté. ¡Mucho antes
de la refriega, Debbora!

Debbora ¿Y en dónde?
¿Dónde la herida está?

Jefté Dame tu mano,
que á tu pregunta el corazon responde.
¿Siéntesle palpitar? Es de agonia...
se acerca ya con prontitud horrible
de mi ventura el postrimero dia.

Debbora De oirte me estremezco. (*Separándose un poco de Jefté.*)

Jefté. ¿Me abandonas
cuando padezco mas, esposa mia?
¿Y Seila? ¿Dónde está?

Debbora. Con las doncellas
en el templo de Dios.

Jefté. Un sacrificio
reclama el Sacerdote.

Debbora. Concederlo
toca á tu dignidad y ten presente
que es el primero Dios en merecerlo.

Jefté. (*Ap.*) ¡Madre infeliz! ¡Ni la menor sospecha!
La víctima...

Debbora. ¿Qué víctima? Costumbre
de nuestros padres es quemar incienso
de los altares en la santa lumbre...

Jefté. Algunas veces, no: los sacerdotes
suelen sacrificar de otra manera,
cuando lo exige asi voto solemne....

Debbora. Es cierto....

Jefté. Y ese voto, esposa mia....
su cumplimiento....

Debbora. ¿Qué? ¿Le ha pronunciado
por ventura, Jefté?

Jefté Con juramento.

Debbora. Y ese voto ¿Cuál es?...

Jefté. La sangre humana
debe correr sobre el altar hoy mismo...

Debbora. El nombre, el nombre....

Jefté. Le sabrás mañana.

Debbora. Su nombre, pronto....

Jefté. Debbora!...

Debbora. Su nombre. Quiero saberlo....

Jefté. Por mi boca, nunca.

Debbora. Mírame, mírame,... Seila... (*Agarrándole del brazo*)

Jefté. Perdona....
Debbora. ¡Parricida!—No sé porque tus ojos
de lágrimas hipócritas se llenan;
no sé por qué en los pliegues de tu manto
la osada frente avergonzado ocultas,
porque tan solo con oir mi acento
de una madre infeliz la pena insultas.
¿Seila morir para cumplir tu voto?
¿Seila morir y en bárbaro aislamiento
quedar mi corazon? ¿Teñir su sangre
los altaros de Dios? ¿Asesinarla?
Asesinarla, si, ¡delirio! El sueño
vierte sin duda entre visiones tristes
sobre tu frente su mortal beleño.
Jefté. No, Debbora, es verdad; la horrible historia
te referí yo mismo. Valeroso
quise luchar y al dirigir al cielo
miradas iracundas, por mis venas
sentí mi sangre convertirse en hielo.
¡Era el poder de Dios que sujetaba
mi desbocado corazon!
Debbora. Y entonces
¿los recuerdos, Jefté, de que te sirven
de tu azarosa juventud? ¿No tienes
ni un resto del valor que te alentaba
en contra de la torpe descendencia
del Patriarca Abraham? Tú has olvidado
que es la víctima Seila, el dulce fruto
en mi seno de madre alimentado?
Valiente con los débiles has sido....
¿Miedo tienes á Dios? No le tuviste
cuando Israel te saludó bandido.
Jefté. Debbora, por piedad!...
Debbora. Me lo dijiste;
bandoleros por rey te proclamaron;
ni se engañaron ellos, ni mentiste.
Jefté. No mentí, no mentí; me alimentaron
las quemadas arenas del desierto.
Y al rumor de sus recios huracanes,
á la luz del relámpago sombrío,
al infernal estrépito del rayo
y á la par de sus fieras que aterraba
cien y cien veces mi indomable brio,
brotaron mis altivos pensamientos,
escediendo quizas en arrogancia
al tempestuoso empuje de sus vientos.
Bandido fui para llegar al trono,

bandido fuí, lo soy.—Violento brota
Debbora, el mar de mi anterior encono,
y al rodar por mi albergue su corriente
impetuosa, voraz, irresistible,
de Seila arrastra con horror la frente.
¿Y sabes tú por qué? Porque invisible
existe otro poder mayor que el mio
á cuyo influjo misterioso cedo;
porque el pensar que faltaré á mi voto,
á nadie se lo digas, me dá miedo.

Debbora. ¡Compasion! ¡compasion! Jefté, perdona
si en el delirio que embargó mi mente
la grandeza ofendí de tu corona.
¿Es crímen por ventura que una madre
para el fruto infeliz de sus entrañas,
recabe á gritos el perdon de un padre?
¿Has olvidado ya lo que es un hijo?
¿Has olvidado lo que Seila te ama?
Seila en tus brazos complacida rie,
Seila tus ojos de contento inflama,
cuando en tu boca embelesada deja
de un beso ardiente la encubierta llama?
Yo lo digo por mí; no ví tesoro
de mas precio, que Seila....

Jefté. ¿Y no es tormento
tenerla que matar, cuando la adoro?

Debbora. ¡Qué! ¿qué has dicho Jefté? ¿dónde se han ido
mi razon y mis lágrimas?

Jefté. Un medio
para librarla de la muerte existe.
Uno solo...

Debbora. ¿Cuál es? ¡En la cabeza
siento un volcan!

Jefté. ¿Provocarás conmigo
la cólera de Dios? Con mano osada
ídolos de metal colocaremos
sobre sus aras, y en el hondo abismo
que se abra á nuestros pies, nos lanzaremos.

(*Debbora. Prorumpe en una risa sardónica.*)

Jefté. ¡Delira la infeliz! Señor, mi voto
una víctima sola te ofrecia;
¿Es generoso en quien gobierna el mundo

(*Señalando á Debbora que pasea por la escena, en la mas violenta agitacion*).

interpretar asi la oferta mia? (*Ironia.*)

Debbora. Seila, Seila, ¿do estás? Ven á mi seno,
que es un jardin el maternal regazo
de amor sin tasa y de ventura lleno.
Yo la he visto; gentil, encantadora,
antes que al mundo sus colores de oro
diera en sus rayos la naciente aurora,
del doméstico hogar salió, encendida
flor que nace al reir de la mañana,
y encima de tu frente encanecida
puso el laurel de tu victoria ufana.
¡Ella fué la primera! ¡Infame voto
la condena á morir! ¿dónde se ha ido?
¡Me la van á robar para que tienda
ante el ara de Dios el dócil cuello!...
Asesinos, temblad. Un parricida
os acecha do quier.... y entre sus manos,
entre sus manos perdereis la vida....
¡No perdona á mi Seila y es su padre?
¡Cumple el voto á su Dios y está mirando
que no puedo llorar siendo su madre!
¡Seila!... ¡Seila!..

Jefté. *(Aparte)* ¡Infeliz! Ven, Seila mia....

(Viendo á Seila que entra por el foro.)

Debbora. ¡Hija de mis entrañas!... no la toques.. *(A Jefté)*

ESCENA IV.

Seila, Jefté, Debbora, *poco despues el* Sacerdote. *Al presentarse éste,* Debbora *se abraza á su hija.* Jefté *se interpone entre ellas y el* Sacerdote.

Sacerdote. Jefté, ya alumbra en el altar sagrado
de cien antorchas la esplendente llama.
¡La voluntad de Dios cumplida sea!
Florida el ara, el Sacerdote pronto,
solo falta la víctima.

Jefté. Aunque plugo
condenarla á morir á la inflexible
voluntad del Señor, como su padre,
y hasta que recio la sujete el yugo
de santa expiacion, profunda valla
se abre entre su cabeza y los altares
del Dios que fué mi escudo en batalla.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

OTHONIEL, EL SACERDOTE.

Sacerdote. ¿Será que imbécil provocar intente
la ira del Señor contra su pueblo?
¿Resiste aun el cumplimiento santo
de su promesa?
Othoniel. Con mortal asombro
he visto yo su agitacion y espanto,
cuando en tu nombre le anuncié de nuevo
la voluntad de Dios. Vieras sus ojos
girar inciertos con horror teñidos
de sangriento carmin; viérasle adusto,
sombrío, desgarrar su vestidura,
y el temblor convulsivo de sus brazos,
y en febril contraccion la abierta boca,
y la cinta de Juez hacer pedazos
entre sus dientes y el rugido oyeras
que arrancó de su pecho, y en el tuyo
tal vez el peso de su mal sintieras,
como yo lo sentí; de pronto corre
como un leon que sus cadenas troncha,
gritando el infeliz con ronco acento...
«Levántese otra vez maciza torre
«contra el poder de Dios; nueva Sodoma,
«reciba esta ciudad por mí creada
«la lluvia ardiente que el Señor desploma.»

Entre tanto, muy cerca de ese padre
que ha de ser infeliz mientras viviere,
estrechaba en sus brazos una madre
con delirante amor de sus entrañas
á la prenda querida. Yo la he visto
lágrimas derramar sobre la frente,
sobre los ojos, en la misma boca
de Seila, de su hija, que inocente
miraba al cielo y murmuraba, acaso
sin esperanza en él, su ruego ardiente.

Sacerdote. Sigue, Othoniel.

Othoniel. Espera, Sacerdote;
no tanto, ¡por el cielo! me apresures
y déjame llorar. Mi voz de nuevo
de su morada en el espacio truena
y mas tranquilo en su dolor me mira
silencioso Jefté.—Con paso lento
á Seila se encamina que serena
le aguarda : sus miradas apacibles
en plácido y feliz arrobamiento
clávanse en ella; y en su pura frente,
bendito de su Dios, porque es de un padre,
se deleitó en grabar un beso ardiente.
No tiene esplicacion aquel sonido
que hizo su boca al misterioso choque,
mas sé, que sin herirme en el oido,
se oyó en mi corazon. «Ven, Seila mia,
«esclamaba Jefté; yo soy tu padre;
«aunque de Dios la voluntad hoy dia
«te conduce al altar en sacrificio,
«no temas, no, que en tu defensa aliento
«y antes consentiré que se desplome
«sobre mí con horror el firmamento.»
Aquella niña, al escuchar temblando
la vibracion del paternal acento,
con dulces ojos y lenguaje blando
contó á su padre la sagrada historia
del Patriarca Abraham, sobre la cumbre,
junto á una hoguera, del inculto Moria.
Y al desasirse del estrecho nudo
que formaban los brazos de su madre
en torno de su cuerpo, desprendióse
una lágrima triste y solitaria
por sus megillas; detenerla quiso
en su marcha Jefté, mas ya era tarde...
despareció.

Sacerdote. ¿Y á dónde? ¿Por ventura

de ánimo flojo y corazon cobarde
busca su salvacion en las montañas?

Othoniel. Debbora en tanto silenciosa mira
con sordo ceño y con inquietos ojos
la compostura y dignidad que ostenta
de repente Jefté: desaforada
se hiere en la megilla; los cabellos
se arranca y pronto la verdosa espuma
que de sus lábios entreabiertos brota,
se mezcla con la sangre que desciende
de sus ojos, por lágrimas. Ya rota
de la razon la misteriosa venda,
registra sin concierto su morada
y al verla al fin para su amor vacía,
prorumpe en espantosa carcajada.
El infernal estrépito dispierta
de su meditacion al pobre anciano.
Vuelve los ojos, la contempla, llora,
trémulo tiende á la infeliz su mano...
¡Momento horrible! Al recordarle solo
me estremezco...

Sacerdote. Prosigue...

Othoniel. Delirante
Debbora la rechaza, y con acento
desgarrador le grita. ¡Parricida!
¿dónde la hija está que hace un momento?...
¿te acuerdas?... ¡Parricida! soy su madre;
razon me sobra al maldecir tu nombre,
que un tigre tuvo la infeliz por padre.
El anciano al frenético alarido
con magestuosa dignidad responde...
¡Parricida! ¡Es verdad! ¡Dios lo ha querido!
Despues se acerca á mí; con afectuoso
ademan me saluda y al dejarme
de su puerta al umbral, con voz solene
esclamó «Ya, Othoniel, llegó la hora;
mis lazos todos con el mundo he roto,
porque una hija su cabeza tiene
á la merced de la segur de un voto!»

Sacerdote. Demos gracias á Dios, que á buen camino
guia á ese anciano al fin. Nadie en el mundo
evitará el horror de su destino.
Granos de incienso en los altares somos
del Señor y mas tarde ó mas temprano,
del Sacerdote nuestra sangre en ellos,
si Dios lo manda, verterá la mano.

ESCENA II.

El Sacerdote, Othoniel. *Pueblo que entra silencioso por diferentes puntos.*

Sacerdote. Pueblo de Masfa, al rededor del templo
el sagrado precepto os encamina
de un ministro de Dios; sus santas leyes
cumplirse deben y á su voz humillen
su venerada magestad los reyes.
Pública fué la religiosa oferta
del anciano Jefté: público ha sido
su triunfo insigne y entre tanta gloria,
ni el voto, ni el laurel de la batalla,
arrancarse podrán de la memoria.
El terrible momento inevitable
se acerca ya del sacrificio humano.
Solo falta la víctima. Dispuesta,
de Dios en honra, para herir mi mano,
si hay quien estorbe el santo mandamiento
de la divina voluntad...
Othoniel. Las tribus
cumplirán, Sacerdote, el juramento
que en su nombre, Othoniel, ha pronunciado;
y antes han de faltar al firmamento
su azul color y sus estrellas de oro,
y blanca espuma á los revueltos mares,
y espacio al viento, y al desierto arenas,
y al sol de luz sus rayos tutelares,
que el pueblo de Israel á lo que pide
su Dios, que con tender una mirada,
abarca el mundo y los espacios mide.

ESCENA III.

El Sacerdote, Othoniel, Seila, *seguida de las doncellas de Israel coronadas de flores, pueblo.*

Sacerdote. Salud, doncellas de Israel: el dia
pródigo derramó los resplandores

de su fecunda luz y en su carrera
presenciar el solemne sacrificio
que ha de ofrecerse á Dios, acaso espera.
Subid, y en un silencio religioso,
con humilde ademan y paso lento,
salvad del templo las sagradas puertas,
y al dejar sobre el rico monumento
que guarda de Moises el libro santo
perfumes gratos y sencillas flores,
allí verted el afligido llanto
por la inocente víctima. Ya llega.

(A Othoniel en voz baja.)

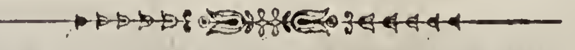
Las doncellas de Israel á cuya cabeza marcha Seila, *entran en el templo. Al mismo tiempo se vé á* Jefté *que viene por el foro seguido de algunos ancianos.*

ESCENA IV.

El Sacerdote, Othoniel, Jefté, *pueblo.* Jefté, *atraviesa la escena por medio del pueblo, que le recibe con muestras de cariño y de respeto. Su andar es seguro, la cabeza levantada con dignidad y sin afectacion. Una mirada rápida que dirige á todos lados le hace ver que no se halla Seila en los alrededores del templo.*

Jefté. ¡Gracias á Dios! ¡No está!! *(Aparte.)*
Sacerdote. Jefté, ¿olvidaste
tu juramento?
Jefté. No.
Sacerdote. De tu obediencia
exige Dios un grande testimonio.
Jefté. Lo sé.
Sacerdote. Tu corazon...
Jefté El sentimiento
que le desgarre, Sacerdote, es mio,
y no de todo un pueblo el patrimonio.
Sacerdote. ¡Jefté!
Jefté. Pregunta lo que importe solo
á la santa y augusta ceremonia.

Sacerdote. ¿Repetirás aquí tu juramento?
Jefté Juré de Dios en nombre sobre el ara
sacrificar, si coronaba el triunfo
mi empresa, al que primero me encontrára
de mi familia.
Sacerdote. (*Momentos de silencio.* ¿Y bien?
Jefté. ¿Que?
Sacerdote. Ya es la hora
de dar á tu palabra cumplimiento.
Jefté Sacerdote!...
Sacerdote. ¿A qué esperas?
Jefté No ha llegado,...
¡No llegará tal vez ese momento!
Sacerdote. ¡Inútil esperanza!
Jefté. La clemencia
de Dios es mucha.
Sacerdote. ¡Y su justicia es tanta,
que estremece, Jefté!
Jefté. De su indulgencia
dá pruebas Dios al pueblo amalecita,
y es raza desleal que le combate
idólatra, y por él, por él maldíta:
¡Esperemos en Dios, el Sacerdote!
Tal vez muy pronto á nuestros mismos ojos
la immensa luz de su clemencia brote,
y tenga compasion de quien le adora,
benéfico, immortal y de obediente...
hondo pesar en su interior devora.
Sacerdote. El nombre de la víctima...
Jefté. ¿Su nombre?
¿Y sabes tú que al pronunciarle, acaso
la maldicion de Dios hiera mi frente,
y que tal vez estremecido el mundo
á grandes voces me responda, miente?
Sacerdote. ¿El nombre de la víctima?
Jefté. ¿Su nombre?



ESCENA V.

Sacerdote, Othoniel, Jefté, Seila, (*Que baja del templo acompañada de todas las doncellas de Israel y se coloca en su primitivo puesto.*

Jefté. (*Viendo á Seila y mirando al cielo.*)
¡Veo tu voluntad clara y patente!
Seila. Ya por mi mano coloqué en el ara
ricos perfumes y tempranas flores,
y sobre ellas tambien copioso llanto
vertido habemos. A tu vez ahora,
ministro del Señor, publica el santo
decreto y obedientes las doncellas
del pueblo de Israel...
Sacerdote Llegó la hora
de que entoneis el religioso canto,
el himno de la víctima. ¡Su nombre! (*á Jefté.*)
Seila. Yo la mas niña, la que apenas cuento
quince años puros de inocente vida....
el himno de la víctima yo sola
debo decir en tan fatal momento.
Jefté. (*Aparte*) ¡Jefté valor!
Seila. Guardad rudos collados
el eco doloroso de mi acento;
que no son mis cuidados
de los que van llevados
adonde quiera que los lleva el viento.
Llora el alma afligida
y se desprende por los ojos triste,
que en pena convertida
será pronto mi vida
temprana flor que el huracan embiste.
Quiera piadoso el cielo
recibir en su seno regalado,
el alma que de un vuelo,
se elevará del suelo
á Dios, en busca de mejor cuidado.
¡Ay de mí! No he sentido
como otras muchas el afan de amores,
ni un esposo querido
mi tálamo ha ceñido,
con cien guirnaldas de odorantes flores.

Desnudas se quedaron
mis sienes ¡ay! de las nupciales tocas,
y al agua que lloraron
mis ojos, se ablandaron
hasta el cimiento las macizas rocas.
Ya muere malograda
mi juventud á la obediencia dura
de un voto consagrada,
y pronto será nada
la combatida flor de mi hermosura.

Sacerdote. Su nombre....

Separándose del grupo de las doncellas y dirigiéndose al Sacerdote.

Seila. Yo.

Jefté. Si... Seila.

(Movimiento de horror en el pueblo, dos LEVITAS *adelantan el tajo en que está colocada la cuchilla y lo colocan al lado de* JEFTÉ.

Pueblo de Masfa, obedecer nos toca
los decretos de Dios. ¡Es hija mia
y no se atreve á murmurar mi boca!
¡Ay de vosotros, si la aurora alumbra
para mi de justicia ó de venganza!
¡Jefté no halló piedad! ¡Los enemigos
no alienten de mi ley, ni la esperanza!

Seila. Padre mio.... Señor.....

Jefté. Ven á mis brazos
mi amor, mi gloria, mi placer, mi vida....
Déjame contemplar por vez postrera
tus ojos, tu cabeza engalanada
con tantas flores, tu cintura leve,
tus manos.... Hija mia.... ¿tienes miedo?

Seila. ¿Miedo á morir? Qué importa que se lleve
este cuerpo la tierra? ¿Qué me importa
que se diga despues entre los hombres,
que fué en el mundo mi existencia corta?
¿sé yo lo que es la vida? ¿lo que vale
un suspiro, señor, una mirada?

Jefté. Hija mia, valor; que las doncellas
no te sorprendan de Israel llorando....
Mírame: yo mis lágrimas oculto,
y eso que en lo interior me están ahogando.
¡Morir, morir mi Seila!

(La presencia del Sacerdote le recuerda su deber, y Jefté pone en su mano la cuchilla.)

Seila. ¡Padre mio!...

¿dónde mi madre está que no la veo?
quiero su bendicion, quiero abrazarla....
¿O por ventura pronunciaste un voto
de negarme sus brazos en la hora
de mi muerte?

Jefté ¡Gran Dios!

Sacerdote. ¡Seila!

Seila. Dejadme....
¡Un momento no mas! ¡Quiero á mi madre!...
¡Madre mia!... Señor.... aqui en la frente;

(*Jefté la besa en la frente.*)

el beso paternal es una estrella
que nos guia al entrar en nuestra tumba,
y en él envueltas comunica al mundo
sus bendiciones Dios.

Jefté ¡Hija del alma!

Seila. ¡Para siempre! (*Abrazando á su padre*)

En este momento baja Debbora *por las montañas del foro; atraviesa rápidamente la escena y se precipita sobre las doncellas que acompañan á* Seila; *su fisonomía, sus ademanes, todos sus movimientos revelan el trastorno de su razon.*

Jefté. (*Viendo á Debbora.*) ¡Señor, mas todavia!

ESCENA VI.

El Sacerdote, Othoniel, Seila, Jefté y Debbora: *Pueblo, ancianos y doncellas de Israel.*

Debbora. Seila.... Seila. (*Gritando*).

Seila. Es su voz....

Debbora. Ven; yo te llamo....

Seila. Es mi madre; soltadme.... ¡Madre mia!...

Debbora. Asesinos, dejadla....

Lucha que dura algunos momentos entre Debbora. *el* Sacerdote *y las doncellas que conducen al fin á* Seila *al templo.*

Sacerdote. Al templo, al templo....

Jefté. ¡Señor, no olvides que Abraham bendijo

(*Al cielo, en aptitud suplicante.*)

tu infinita bondad!

Debbora. ¿Y el parrícida?

Jefté. ¡Abraham! Abraham!

(*Corre en todas direcciones; se pára en medio del teatro y con voz de trueno esclama.*

Debbora. ¿Dónde está? ¿dónde?
¿Porque ese anciano á tan horrible insulto
cobarde en su vejez no me responde?
Asesino de Seila, quiero verte;
bandido vil, despedazarte espero;
ven y mis uñas vengarán su muerte...
beber tu sangre y agotarla quiero...

(*Recorre nuevamente la escena, hasta que se encuentra frente á Jefté.*)

¡Ay que felicidad! Heme á tu lado...
¿sabes que va á morir?

Jefté Lo sé....

(*Con dignidad; sus ojos miran inquietos á la puerta del templo.*)

Debbora No olvides,
que idolatrando libertarla puedes...

Jefté. ¿Renegar de mi Dios?

Debbora Jefté, su vida...

Jefté. No.....

Debbora. Bandido...

Jefté. Lo fuí...

Debbora. (*Con misterio.*) ¿Quién fué tu madre?
Ramera fue de Galaad, y has hecho
como hijo de tal madre... ¡Parricida!...

Jefté. Lo soy, lo soy...

(*Desde la puerta del templo.*)

Sacerdote. ¡El voto se ha cumplido!

Debbora. (*Dá un grito y cae á los pies de Jefté.*)

Jefte. De rodillas, asi... ¡Dios lo ha querido!

FIN DE LA TRAGEDIA.